

# La guerra multi-dominio y el combate urbano como ejes del pensamiento estratégico en el siglo XXI

Multi-domain warfare and urban combat as strategic thinking axes in the 21st century

Cesari Irwing Rico Becerra

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales  
irwing.rico@politicas.unam.mx

---

**Resumen.** Los despliegues de la guerra en zonas urbanas han existido desde la configuración de la estatalidad moderna. El combate urbano, como forma de penetración de las fuerzas militares en la vida cotidiana de los espacios urbanos, representa un elemento fundamental de la guerra total que, a través de los años, ha movilizó diversas capacidades económicas, políticas, tecnológicas, culturales y psicológicas de las fuerzas armadas en torno a un poder infraestructural que se despliega en los diversos dominios estratégicos –tierra, mar, aire, espacio exterior y espacio cibernético– para lograr la integración de una guerra multidominio, que inexorablemente se territorializa, de manera cada vez más cruda y violenta, en el espacio urbano.

El presente artículo buscará comprender las principales transformaciones del combate urbano en la actualidad, a la luz del concepto de guerra multi-dominio y su relación con la guerra y la militarización como elementos fundamentales del poder infraestructural de las formaciones estatales modernas, para analizar las distintas representaciones que este tipo de combate muestra en la actualidad. A partir de ello, se delimitan las principales contradicciones emanadas de un combate urbano que, al tiempo que busca ser evitado por los altos costos económicos y políticos que tiene, se convierte en un mecanismo irrenunciable para los ejércitos de tierra debido a su cada vez mayor recurrencia en las tensiones bélicas contemporáneas.

**Palabras clave.** Guerra; dominios estratégicos; combate urbano; militarización.

**Formato de citación.** Rico Becerra, Irwing Cesari (2024). La guerra multi-dominio y el combate urbano como ejes del pensamiento estratégico en el siglo XXI. URBS. Revista de Estudios Urbanos y Ciencias Sociales, 14(1), 67-82.

**Recibido:** 29/04/2024; **aceptado:** 21/11/2024; **publicado:** 30/11/2024  
**Edición:** Ciudad de México, 2024, Universidad Autónoma Metropolitana

---

**Abstract.** The deployment of modern warfare in urban areas has existed since the configuration of the statehood itself. Urban combat, as a form of penetration of military forces into the daily life of urban spaces, represents a fundamental element of total warfare that, over the years, has mobilized diverse economic, political, technological, cultural and psychological capabilities of the armed forces around an infrastructural power that is deployed in the various strategic domains of urban life, cultural and psychological capabilities of the armed forces around an infrastructural power that is deployed in the various strategic domains - land, sea, air, outer space and cyberspace - to achieve the integration of a multidomain war, which inexorably territorializes itself, in an increasingly crude and violent manner, in urban space.

This article will seek to understand the main transformations of urban combat today, in the light of the concept of multi-domain warfare and its relationship with war and militarization as fundamental elements of the infrastructural power of modern state formations, in order to analyze the different representations that this type of combat shows today. Toward this, the main contradictions issued from an urban combat shows that, while attempting to be avoided due to its high economic and political costs, it has become an unrenounceable mechanism for land armies due to its increasing recurrence in contemporary war tensions.

**Keywords.** Warfare; Strategic Domains; Urban Combat; Militarization.

## Introducción

El combate urbano representa una forma de enfrentamiento bélico que tiene como escenario zonas urbanizadas –tales como pueblos, ciudades pequeñas y grandes ciudades–, que se ha vuelto cada vez más precisa a lo largo de los años debido a la complejidad de la propia escala urbana. El reto principal del combate urbano, como podría inferirse, es la dificultad de llevar a cabo acciones tácticas y estratégicas en entornos densamente poblados, en medio de infraestructuras críticas propias de la vida cotidiana ciudadana, buscando hacer el menor daño posible a la población civil. No obstante, tal dificultad ha representado también la emergencia de un nuevo campo de batalla en donde la sociedad es, precisamente, el nuevo objetivo estratégico de los propios ejercicios militares.

Este tipo de combate tiene larga data, remontándose hasta la antigüedad con la organización de los primeros ejércitos de tierra. Sin embargo, sería con el crecimiento de los espacios urbanos derivado de la revolución industrial que el combate urbano tendría un crecimiento exponencial, siendo utilizado en episodios bélicos de gran importancia en el siglo XIX y XX, tales como las dos grandes Guerras Mundiales. A partir de la segunda mitad del siglo XX, el combate urbano sería cada vez más recurrente en

los conflictos bélicos modernos. La innovación del transporte aéreo serviría para establecer nuevas tácticas y estrategias enfocadas en la vulneración de infraestructuras críticas y el ataque a poblaciones densamente pobladas constituiría una parte nodal de la “guerra total” como nuevo paradigma de guerra que requeriría de la movilización de todas las capacidades económicas, políticas, sociales, culturales, mediáticas, diplomáticas, tecnológicas, geopolíticas y militares para llevarse a cabo. Dentro de estas transformaciones, el combate urbano presentaría una mayor tecnificación y profesionalización, derivando en las tácticas y estrategias que han sido aplicadas en un espacio de creciente complejidad y múltiples transformaciones.

A la par de ello, la visión estratégica de las fuerzas armadas alrededor del mundo se ha transformado frente a la configuración de nuevos paradigmas de guerra, teatros de operaciones y objetivos estratégicos. A partir del año 2017, las Fuerzas Conjuntas de los Estados Unidos comenzaron a utilizar de manera oficial un concepto conocido como guerra multi-dominio (multi-domain battle) para referir a las formas de guerra desplegadas en los distintos dominios estratégicos –tierra, mar, aire, ciberespacio y espacio exterior– a través de una coordinación y sinergia altamente integradas en las diferentes operaciones militares para obtener ventajas competitivas frente a cualquier adversario y asegurar la victoria (Woods & Greenwood, 2018). Si bien este concepto emerge de la jerga militar estadounidense, su impacto ha trascendido las fronteras de la superpotencia y se ha buscado incorporar en las diferentes fuerzas armadas alrededor del mundo.

El paradigma de la guerra multi-dominio, entonces, se desarrolla a la par de las nuevas estrategias de combate urbano que han sido llevadas a la práctica en las diferentes confrontaciones bélicas durante las primeras décadas del siglo XXI. En esa tónica, el presente artículo buscará comprender las principales transformaciones del combate urbano en la actualidad, a la luz del concepto de guerra multi-dominio y su relación con la guerra y la militarización como elementos fundamentales del poder infraestructural de las formaciones estatales modernas, para analizar las distintas representaciones que este tipo de combate muestra en la actualidad.

Para ello, el artículo estará dividido en cuatro apartados: en el primero, se analizará a la guerra y a la militarización como infraestructuras sociales que determinan un contacto permanente entre las esferas civiles y militares, coadyuvando a la configuración de las formaciones estatales modernas. En el segundo, se planteará una reflexión sobre los distintos dominios estratégicos y la importancia de la escala urbana dentro de ellos. En el tercer apartado se planteará la emergencia de la guerra multi-dominio como un paradigma de guerra actualmente en construcción, para concluir con el análisis de las principales transformaciones del combate urbano en las últimas décadas a la luz de este paradigma multi-dominio.

Las técnicas y métodos utilizados para su realización parten de un análisis teórico, geopolítico y documental sobre los principales temas de agenda en torno a la guerra multidominio, el combate en población y las distintas representaciones de los ejércitos en tierra, para comprender la importancia del combate urbano en la actualidad y proponer líneas de apertura hacia futuras discusiones sobre el tema.

### **La guerra y la militarización como infraestructuras sociales**

La guerra y la militarización han sido procesos históricos que han acompañado la reproducción del capitalismo desde hace siglos, provocando que las sociedades se vuelvan cada vez más influenciadas por las instituciones militares en sus diversas representaciones, así como por una cultura de la violencia que configura discursos dominantes de la seguridad y la paz. Consecuentemente, esta ampliación de la influencia militar sobre la vida cotidiana viene acompañada por una serie de reestructuraciones del orden social favorables para las lógicas del capital en cada tiempo y espacio.

Las manifestaciones tanto de la guerra como de la militarización son muchas y muy variadas, desde situaciones tan directas como las intervenciones militares en territorios en conflicto, el despliegue de

instalaciones militares permanentes, la incorporación de las instituciones militares en la toma de decisiones o los golpes de Estado; hasta situaciones más veladas como los aumentos sostenidos en los gastos de defensa, la creciente influencia política de las instituciones militares, la administración de sistemas logístico-comerciales, la creación de industrias culturales que enfatizan los valores, disciplina y jerarquía militares, así como la imposición de formas disciplinarias sobre la vida social a través de dispositivos biopolíticos<sup>1</sup> como los transportes, las telecomunicaciones, las tecnologías de la información y el conocimiento, etc.

Estos procesos históricos no solamente se configuran como formas coercitivas y directamente violentas, sino que también participan activamente en la producción de consensos sociales en torno al orden, disciplina y poder estratégico que los sujetos reproducimos en nuestro día a día, a partir de las rutas, ritmos y rutinas que establecemos como parte de nuestra vida cotidiana en un sentido abiertamente biopolítico. La militarización, de acuerdo con Cynthia Enloe, representaría entonces “el proceso social, político y psicológico por el que cualquier persona, grupo o sociedad absorbe, de forma gradual, las ideas las ideas y las prácticas resultantes del militarismo” (Enloe, 2022, p. 24).

Como acompañamiento de la guerra y la militarización, el militarismo –entendido como la cultura de la violencia enfocada en la reproducción de formas sociales militarizadas– representa la configuración cultural de la reproducción de valores y símbolos propios de los asuntos militares en la sociedad civil, determinando una serie de ideas e ideologías que justifican las prioridades e influencias militares en los asuntos culturales, económicos y políticos. Siguiendo con Enloe, este militarismo puede expresarse claramente en elementos tan cotidianos como la idea de que las tropas deben ser socialmente reconocidas por su sacrificio y heroísmo, la naturalización de las jerarquías de mando en la vida social, la necesidad de reconocer la figura del enemigo en todas las relaciones y espacios sociales, así como la valoración de la fuerza física como un elemento central para la solución de problemas (Enloe, 2022, p. 24).

Si bien la propuesta de Enloe es extremadamente valiosa para encontrar una ruta por la cual los asuntos militares han trazado brújulas poderosas para el direccionamiento de la vida social, la noción de la existencia de esferas diferenciadas entre lo civil y lo militar –en donde la segunda cada vez se desborda más hacia la primera– puede resultar debatible. Si bien la tradición del pensamiento político y social ha diferenciado constantemente entre un monopolio de la fuerza a cargo del Estado que se representa por la esfera de los asuntos militares (Weber, 2002), la realidad es que lo militar y lo civil han estado permanentemente integrados en una lógica de guerra, expresada de manera diferenciada y particular a través de las mismas instituciones del Estado Nación y de su política como continuación de la guerra por otros medios (Foucault, 2014).

Dicho lo anterior, se pretende argumentar que las esferas de lo civil y lo militar se encuentran intrínsecamente integradas en la propia vida social, dado que la estructuración del orden público siempre ha estado a cargo de los elementos militares, así como de las resonancias culturales e ideológicas propias del militarismo como estilo de vida. A partir de ello, es posible comprender la relevancia de las guerras urbanas contemporáneas, no como la inauguración de representaciones bélicas no vistas anteriormente, sino como una forma de perfeccionamiento del combate en las escalas de lo cotidiano.

Para ello, se propone la idea de comprender a la militarización como una práctica cotidiana, un elemento permanentemente necesario para la reproducción y ampliación de las hegemonías y, por tanto, de las

---

<sup>1</sup> La biopolítica, en términos del abordaje que hace Michel Foucault, puede traducirse como la política sobre la vida y el hacer vivir de los sujetos sociales a través de relaciones estratégicas de poder. Así, la biopolítica refiere al control de la vida que se ejerce por los gobiernos, las instituciones y diversos sujetos sobre la vida de las poblaciones a través de la salud, la reproducción, la educación, el cuerpo, la biología y las infraestructuras críticas de la vida cotidiana. Con ello, los dispositivos biopolíticos son tecnologías que permiten este ejercicio social del poder a través de las relaciones estratégicas. Véase Michel Foucault (2014) “Clase del 17 de marzo de 1976” en *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 217-238

lógicas del capital que rigen la vida moderna<sup>2</sup>. Una militarización que se presenta como infraestructura social de la propia vida cotidiana, sus ritmos y sus rutinas, y que permite la configuración de un espacio eminentemente estratégico, planificado a partir de estas mismas lógicas.

Entender a la militarización como infraestructura social implica comprenderla como un elemento presente en la vida cotidiana de los sujetos en todas las escalas, esto se ha logrado a través de una serie de retículas altamente complejas, en las que los despliegues de lo militar en el espacio social se convierten en un elemento fundamental para la construcción del consenso hegemónico, a través de mecanismos políticos y culturales que, al tiempo de buscar preservar y mantener un orden dominante, también constituyen un elemento fundamental en el disciplinamiento social para evitar el surgimiento de cualquier riesgo o amenaza frente a la propia hegemonía. Así, el militarismo como rasgo cultural y la militarización como elementos materiales se funden en una misma cultura social que gobierna y gestiona las vidas de las personas a partir de la *gubernamentalidad*<sup>3</sup> que va habilitando (Foucault, 2014).

Una de las formas más efectivas para el ejercicio de la gubernamentalidad ha sido la infraestructura, comprendida no sólo como una serie de objetos o sistemas técnicos, sino como redes complejas de elementos económicos, políticos, militares que, en su conjunto, moldea las prácticas sociales en la propia vida cotidiana (Cowen, 2021). En ese sentido, las infraestructuras se han desplegado como instrumentos de poder y control sobre las propias relaciones sociales, las cuales se van desplegando a través de la producción de espacios y territorios creando mecanismos de circulación, acceso y exclusión que habilitan la conexión de aquello que anteriormente se encontraba fragmentado. En ese sentido, la infraestructura y la militarización se vuelven dos elementos intrínsecos en el sentido de la propia gubernamentalidad y la consecución de objetivos estratégicos para el poder y la seguridad de las naciones y los sistemas económicos que las configuran (Cowen, 2021, p. 21).

Siguiendo con la propuesta de Deborah Cowen, la infraestructura se despliega en dos ámbitos estratégicos: primero, en el apuntalamiento de los despliegues del poder geopolítico y geoeconómico en múltiples escalas, lo que define sistemas sociotécnicos atravesados por violencias estructurales que definen la normalidad y los ejercicios de poder en las sociedades contemporáneas. En segundo lugar, construyendo un “cuerpo material” de las políticas imperialistas sobre el cuerpo social, ya que a través de estos sistemas sociotécnicos se determinan los patrones de la vida cotidiana, la delimitación de las fronteras y las jurisdicciones que gobiernan al cuerpo social (Cowen, 2021, p. 21-22)

Con ello, se propone el entendimiento de la militarización como una forma de infraestructura social, retomando la idea de Michael Mann sobre el poder infraestructural. Para el sociólogo británico, el poder infraestructural responde a “la capacidad del Estado para penetrar realmente la sociedad civil, y poner en ejecución logísticamente las decisiones políticas por todo el país” (Mann, 2006, pág. 58). Así, consideramos que el poder infraestructural puede transitar más allá de la propia infraestructura material para convertirse en una formación social que deviene en dispositivos biopolíticos para la gestión de la vida. De acuerdo con Herrera, hablaríamos entonces de “la forma en cómo la producción de infraestructura adquiere un sentido fuertemente (geo)político al permitir tanto la articulación logística de lo que en principio se encuentra fragmentado, como la penetración y apropiación territorial de diversos capitales en zonas de alto valor estratégico para su reproducción” (Herrera, 2019, p. 43).

---

<sup>2</sup> La hegemonía puede entenderse, desde una perspectiva gramsciana, como el sistema de dominación que se basa en la producción de condiciones materiales permanentemente acompañadas de representaciones éticas, culturales y sociales; que determinan una visión de mundo reproducida socialmente a través de formas de coerción y consenso, las cuales operan articuladamente en la vida cotidiana. Desde esta perspectiva, la hegemonía emana de una disputa por visiones de mundo ejercida permanentemente entre dominantes y dominados, a través de mecanismos de competencia y reproducción en diversas escalas geográficas.  
*Véase* Rico Becerra, C.I., (2024) “Hegemonía mundial en el siglo XXI: bifurcaciones frente a la constelación global de la crisis” *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Época, Año LXIX, núm. 252, septiembre-diciembre de 2024, págs. 331-351

<sup>3</sup> Por gubernamentalidad, entendemos la forma de ejercicio del poder que implica la conducción de las poblaciones a través de la gestión y administración de recursos, la organización de la vida económica y la regulación de comportamientos, que permiten la configuración social de una mentalidad de gobierno.  
*Véase* Michel Foucault (2014) “Clase del 17 de marzo de 1976” en *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, págs. 217-238.

Esta articulación logística de lo que en principio se encuentra fragmentado ha sido una de las tareas fundamentales de la militarización en los últimos años. En una escala global, las configuraciones logísticas del sistema mundial se encuentran íntimamente relacionadas con las instalaciones militares desplegadas alrededor del mundo, configurando una geografía de la militarización mundial abiertamente dedicada a la preservación de la seguridad de estos espacios liminales representados por redes transnacionales del propio capital comercial, industrial y financiero del siglo XXI (Cowen, 2014).

Por otro lado, la militarización y la guerra han sido elementos centrales para el control del lugar y la apropiación del territorio, dotándole de un sentido local a la propia red de militarización desplegada globalmente. Dicho de otra manera, la militarización actualmente se presenta como un mecanismo *bio-geo-político*<sup>4</sup> de articulación transescalar, en donde la propia territorialización de su infraestructura responde necesariamente a la producción estratégica de un espacio global capitalista.

Volviendo con Mann, el poder infraestructural entonces representa una manera en que la penetración de la sociedad civil se vuelve efectiva para la ejecución de las tareas logísticas del Estado, pero también del propio capital. En ese sentido, la militarización y el militarismo han representado un elemento superlativo para la ejecución y puesta en práctica de todo este andamiaje hegemónico a través de la cultura de la violencia, el disciplinamiento social y las cada vez más extensas tareas que los círculos militares tienen a su cargo.

Dentro de ello, la guerra y sus distintas representaciones se vuelven un elemento crucial, pues es a través de ella que la política se convierte en la manera de mantener y cuidar el propio orden dominante, así como una solución espacio-temporal para las contradicciones propias de los capitales fijos y circulantes, que derivan en crisis de sobreacumulación sistémicas (Harvey, 2014, p. 85-86).

### Los dominios estratégicos y la escala urbana

Una de las claves metodológicas centrales para comprender la producción espacial de la militarización y la guerra moderna radica en la escala espacial. Su relevancia se deriva del grado de influencia que tiene en las relaciones sociales fundamentales, lo que a su vez determina la naturaleza y el alcance de la dominación territorial en los niveles local, nacional, regional y global. En última instancia, la operatividad y efectividad de estos procesos dependen en buena medida de su reproducción a nivel microfísico<sup>5</sup> y biopolítico en la sociedad.

Si bien la escala ha sido tratada en términos de “dominio fijo” perteneciente a un nivel nacional o global, la realidad demuestra que espacio y sociedad se encuentran internamente relacionados, y las representaciones escalares resultan necesarias para esa comprensión (Soja, 1996). Para Nogué Font y Ruffi, la escala refiere a: “una jerarquía de niveles y ámbitos en cada uno de los cuales se observan unos fenómenos específicos y unas dinámicas territoriales propias, que interactúan con las que se dan en otros niveles inferiores y superiores. Estaríamos hablando, en definitiva, de cada uno de los ámbitos dimensionales y conceptuales de referencia, involucrados en el análisis del territorio” (Nogué Font y Ruffi, 2001, p. 20).

---

<sup>4</sup> La intención de unir lo bio y lo geo en función de lo político, responde a la necesidad de comprender a la geopolítica como un saber estratégico que surge de la biopolítica, es decir, que el gobierno de espacio emana directamente del gobierno de la vida. Lo *geo*, se vuelve entonces una mediación del *bio* en la vida moderna.

Véase David Herrera, “El hacer vivir y el despliegue rizomático del sujeto hegemónico” en *El siglo del americanismo. Una interpretación histórica y estratégica de la hegemonía de los E.U.*, Akal, 2020, págs. 260-265

<sup>5</sup> Para Foucault, el poder no se ejerce sola ni fundamentalmente en un nivel institucional y gubernamental, sino que se da en todos los niveles de la vida social, desde lo más básico hasta lo más complejo. Así, la microfísica del poder refiere a la distribución capilar a través de las redes de relaciones sociales y prácticas cotidianas, a través de la política como continuación de la guerra por otros medios.

De suerte tal, la producción del sistema global requiere de la interacción dialéctica de distintos niveles de espacialidad y territorialidad, que configuran la correlación de fuerzas y relaciones de poder desde lo local hasta lo global, pasando por toda una diversidad de estadios intermedios. Por ello, la comprensión de la escala abre la posibilidad de observar distintas representaciones en torno a la naturaleza misma de los procesos socioespaciales y permite el análisis y ordenamiento de los factores que intervienen en cada uno de estos niveles de interrelación espacial.

De entre ellas, la escala urbana emerge como la manifestación más palpable de la concentración del capital. Esta surge de la histórica división entre el campo y la ciudad, una herencia de las sociedades precapitalistas que, en la era del capitalismo, adopta las características distintivas de la espacialidad dominante, concretándose en la configuración urbana. En este contexto, la ciudad adquiere una estructura diferenciada en fragmentos dedicados a la producción y reproducción, generando usos específicos del suelo para la industria, el transporte, la vivienda, el ocio, el comercio y las finanzas. Además, establece un sistema de renta que subordina el espacio urbano al valor de cambio y a la valorización del capital (Smith, 2020).

Las urbes contemporáneas operan como la materialización del capitalismo en los espacios locales, configurando nodos de interacción estratégica que son determinados por relaciones de poder. Esta escala se organiza en fragmentos que cumplen diferentes funciones en el proceso de producción y reproducción del capital, los cuales incluyen áreas industriales, comerciales, residenciales, de ocio y financieras, cada una con su propia lógica espacial y económica. Tal fragmentación conlleva necesariamente una subsunción de la propia urbe al valor de cambio y a la lógica de la valorización del capital, lo cual se manifiesta en la especulación inmobiliaria, la gentrificación y la exclusión de determinados grupos sociales de ciertas áreas urbanas en función de su capacidad adquisitiva, su condición étnica o su género.

Los revolucionamientos en las fuerzas productivas que tuvieron lugar en las décadas de los sesentas y setentas, modificarían profundamente el espacio urbano integrándolo de forma más profunda a las lógicas y dinámicas propias de una escala global. La revolución en la logística y el boom de los contenedores, los sistemas de transporte intermodal y los mecanismos de producción *just-in-time* definirían una nueva forma de comprensión de los espacios y las escalas, impulsando una transformación radical de la securitización enfocada en las “fronteras nacionales” hacia una forma mucho más compleja de militarización y aseguramiento de espacios estratégicos, inaugurando “costuras globales” que servirían como nodos articuladores de las relaciones globales de producción, distribución, circulación y consumo (Cowen, 2014).

Con ello, los espacios urbanos se vieron seriamente modificados, no sólo materialmente, sino en la propia funcionalidad relativa a su papel de ciudad. Para Saskia Sassen, este momento representa el auge de las ciudades globales, entendidas como centros clave que desempeñan un papel crucial en la coordinación y gestión de la economía global. Estas ciudades no solo se convertirían en nodos importantes a nivel nacional, sino que también están integradas en redes transnacionales de poder económico, político y cultural, a través de núcleos financieros, centros de servicios avanzados, hubs político-culturales y espacios de altísima concentración de capital humano.

Esta interacción configura la correlación de fuerzas y relaciones de poder en múltiples escalas, por lo que la multiescalaridad o transescalaridad –entendida como la capacidad analítico-dialéctica de comprender los procesos socioterritoriales en sus distintos niveles de espacialidad– resulta un elemento fundamental para el pensamiento geopolítico contemporáneo, en tanto análisis de las dinámicas y configuraciones espaciales y territoriales que se encuentran directamente vinculadas con los intereses políticos y estratégicos en el sistema mundial.

---

Véase Michel Foucault (2014) “Clase del 7 de enero de 1976” en *Defender la sociedad*, Fondo de Cultura Económica, México, pp. 15-32

La visión de los “dominios estratégicos” o “dominios de la guerra”, propia de la terminología militar estadounidense, se encuentra intrínsecamente ligada con la concepción de escala espacial. Para este pensamiento estratégico, los dominios representan las áreas, zonas o entornos en los que se llevan a cabo las guerras y sus múltiples confrontaciones. Estos transitan desde las operaciones en tierra, aire y mar, hasta las operaciones especiales en entornos mucho más complejos y materialmente inasequibles, como el espacio exterior y el ciberespacio (O’Shaughnessy, 2020). Si bien la visión de los entornos refiere más a las tácticas que deben ser desplegadas en cada operación en particular, estos dominios se integran con las escalas espaciales, en tanto las estrategias desplegadas en cada dominio requieren de una perspectiva transescalar para su aplicación.

Puesto de este modo, los dominios estratégicos representan un elemento fundamental a analizar dentro de las formas de guerra desplegadas por las fuerzas armadas contemporáneas en cada escala, particularmente en aquella que Neil Smith denominara “escala urbana” (Smith, 2020), cuya permanente integración con las rutas y rutinas de la vida cotidiana la vuelven en una escala imprescindible para el ejercicio del poder estratégico de la propia militarización. En esta propuesta, Smith encuentra la vinculación explícita entre espacio y escala en los niveles analíticos de lo urbano, la formación estatal y la globalidad. Si bien las escalas no son fijas y tampoco pueden ubicarse de la misma forma en todas sus expresiones, estos niveles de interacción espacial pueden ser reconocidos para la configuración de una teoría de la escala geográfica.

En ese sentido, la transformación del combate urbano en las ciudades globales ha sido significativa debido a las particularidades de estos centros urbanos clave en la economía mundial, pues estas se convierten en caldos de cultivo para el surgimiento de nuevos obstáculos y amenazas que, a pesar de su localización urbana, responden a la configuración global del riesgo propia de la modernidad contemporánea (Beck, 1984).

### **La guerra multidominio como visión estratégica**

Como se mencionaba en la introducción del texto, la guerra multidominio es un término introducido por el Departamento de Defensa como un nuevo paradigma de guerra, a través del cual se busca lograr una logística plena sobre la coordinación y sinergia de las operaciones militares en los distintos dominios estratégicos para obtener ventajas competitivas sobre cualquier posible adversario, y así asegurar la victoria en cualquier terreno (Woods & Greenwood, 2018).

Si bien el concepto es introducido formalmente en la Doctrina de Seguridad Nacional de 2017, en realidad las bases conceptuales del mismo se remontan varios años atrás. En principio, la idea de la guerra multidominio viene a reemplazar a un paradigma conocido como la “guerra centrada en la red” (*network centric warfare*), cuya idea central sería utilizar tecnologías de la información y la comunicación para conectar a todas las unidades militares, sensores, plataformas y sistemas en un campo de batalla digitalizado e integrado (Alberts, et. Al., 2000, págs. 1-5).

De acuerdo con ello, la guerra centrada en la red buscaría impulsar una conexión e interoperabilidad efectivas a través de las acciones bélicas en la sociedad digital de finales del siglo XX, así como promover una conciencia situacional compartida de la propia guerra a través de las tecnologías de la información y la comunicación. En un esquema táctico reticular, el punto nodal de “centrarse en la red” respondería a la necesidad de articular entidades especializadas que se encontraban geográficamente dispersas, para construir un poderío de combate más efectivo, informado e integrado en la guerra (Alberts, et. Al., 2000, págs. 6-7).

La guerra centrada en la red implica entonces un total conocimiento del campo de batalla, lo cual no sólo busca aumentar exponencialmente la rapidez y el ritmo de las operaciones, sino también proporcionar una mayor coordinación, letalidad y capacidad de supervivencia para las fuerzas armadas, reduciendo así la

ambigüedad de las situaciones, responder de manera flexible y utilizar la fuerza con total precisión y efectividad en los casos que fuese necesario. De acuerdo con Alberts, Garstka y Stein:

La NCW se centra en el poder de combate que se puede generar a partir de la vinculación efectiva o la creación de redes en la empresa de la guerra. Se caracteriza por la capacidad de dispersar geográficamente fuerzas para crear un alto nivel de conciencia compartida del espacio de batalla que se puede explotar para lograr la intención del comandante. La NCW admite una velocidad de comando, que es la conversión de información superior en posición en la acción. Reconoce como vitales para la misión el tamaño de la fuerza y la geografía. Una fuerza centrada en la red tiene la capacidad de compartir información entre sensores, independientemente de la plataforma, entre comandantes, independientemente de la ubicación y los tiradores, independientemente del servicio (Alberts, et. Al., 2000, p. 6-7)

Esta concepción reticular de la guerra y la integración del campo de batalla representaría la posibilidad de las fuerzas armadas estadounidenses para actuar de manera conjunta y sincronizada a través del control de las retículas estratégicas y las redes de poder. Así, las fuerzas armadas estadounidenses buscan lograr una integración en red de las distintas plataformas y sistemas operacionales como medio fundamental para realizar todo tipo de operaciones militares con un sentido pragmático, flexible, sincronizado y conjunto.

La guerra centrada en la red se convertiría en un recurso popular de la jerga estratégica estadounidense en los años noventa, acompañándose de documentos estratégicos como los llamados *Joint Vision. America's military preparing for tomorrow*, un par de documentos encaminados a la renovación de la planificación estratégica de los Estados Unidos de cara al siglo XXI, publicados en 1996 y 2000 respectivamente.

Estos documentos desarrollan un concepto estratégico conocido como dominación de espectro complejo (*full-spectrum dominance*), el cual representaría todo un nuevo paradigma estratégico-geopolítico, por el cual se buscaba la integración de esfuerzos militares y civiles diversos para asegurar la victoria y evitar el surgimiento de cualquier sujeto contrario a las visiones dominantes, de acuerdo con Ceceña:

El propósito de alcanzar una dominación de espectro completo va acompañado de una estrategia de guerra que combina cuatro dimensiones: prevención, disuasión, persecución y eliminación. Perseguir y eliminar brutalmente al disidente o al insurrecto para que a nadie más se le ocurra desafiar al poder; evitar que los nuevos contingentes de desposeídos, desestructurados o excluidos piensen en rebelarse, encaminándolos hacia valvulas de escape producidas por el propio poder o intimidándolos con la persecución y eliminación de los enemigos (Ceceña, 2004, p. 16)

Por tanto, la dominación de espectro completo estaría orientada a la gestión del riesgo provocado por amenazas sociales que, a través de la propia escala urbana, podrían configurarse como obstáculos para la propia hegemonía. Las cuatro dimensiones de las que habla Ceceña –prevención, disuasión, persecución y eliminación– trascienden modelos como el de la “guerra preventiva” y llevan la guerra a un gradiente mucho más profundo dentro de la propia organización de la sociedad civil. Por otro lado, poner el acento en estas agrupaciones sociales de los desposeídos, desestructurados o excluidos muestra como las formas de guerra moderna están atravesadas estructuralmente por discriminaciones de clase social, composición étnica y condición sexogenérica que, tanto de forma velada como abiertamente violentas, determinan los sujetos, objetos y situaciones de la guerra en el siglo XXI.

Volviendo a los documentos del *Joint Vision*, el Departamento de Defensa y el *Joint Chiefs of Staff* ha planteado a la dominación de espectro completo como una forma de encarar los retos y amenazas del siglo XXI, tanto en entornos de guerra como en entornos de paz. La superioridad militar se tendría que traducir entonces en una superioridad de tropas en el entorno bélico, una superioridad en el acceso y detección de información estratégica del contrario, una serie de innovaciones tecnológicas que faciliten la



operatividad de las acciones militares, así como una organización logística eficiente de los sistemas espaciales y sociotécnicos que permita apuntalar al aseguramiento de la victoria en entornos hostiles (Joint Chiefs of Staff, 2000, p. 8-11).

En todo ello, la población representa un elemento crucial para la visión estratégica dominante, ya sea como recurso humano para integrar las capacidades militares en torno a una tropa especializada y comprometida, o como posible obstáculo para las operaciones en terrenos hostiles. Ya entrados los años dosmiles, de la mano de los manuales de contrainsurgencia y combate a grupos guerrilleros, surgirían complementos a la guerra centrada en la red que evolucionarían hacia una “guerra centrada en la población” (*population-centric warfare*), la cual representaría un enfoque estratégico y operacional en el que las operaciones militares se enfocarían directamente en la población civil en lugar de concentrarse exclusivamente en los combatientes enemigos y en las redes de información estratégica para la guerra.

Si bien va de la mano con la idea de la superioridad de la información, este concepto se centra en comprender, relacionarse y trabajar con la población local en áreas de conflicto, con el objetivo de lograr el apoyo de la comunidad y, en última instancia, contribuir al éxito de las misiones militares (Kilcullen, 2010). Por tanto, la guerra centrada en la red daría lugar a una serie de mecanismos bélicos en donde el acento se pondría directamente en las poblaciones locales, buscando minar el apoyo a las guerrillas y fuerzas combatientes para la producción de un entorno relacional benéfico para las operaciones militares estadounidense.

Esta forma de combate comprende un minucioso entendimiento del contexto local, buscando evitar repetir errores como los cometidos por las fuerzas armadas estadounidenses en Vietnam –en donde se subestimó el poder de la población local, sus conocimientos y estrategias sobre el entorno geográfico– para buscar aislar lo más rápidamente posible a los grupos insurgentes de las poblaciones locales y así bloquear sus principales apoyos y fuentes de suministro. Además, esta visión busca brindar “protección” a la sociedad civil para evitar actos hostiles en su contra, y así poder acceder a su información y apoyo en contra de los objetivos. Para David Kilcullen, “el enfoque centrado en la población es fundamental en las operaciones de contrainsurgencia, donde ganar los corazones y las mentes de la población local es crucial para aislar a los insurgentes y evitar que obtengan apoyo de la comunidad” (Kilcullen, 2010).

Por tanto, el enfoque de la guerra centrado en la población va más allá de la guerra centrada en la red, y reconoce la necesidad fundamental de manipulación emocional, psicológica y política de la población para asegurar el éxito en las tareas militares. Estas serían las bases de la evolución del pensamiento estratégico en las primeras décadas del siglo XXI, que derivarían en la inauguración de la guerra multi-dominio (*multi-domain battle*) como nuevo paradigma del pensamiento estratégico.

Como se mencionaba en la introducción del texto, la guerra multidominio representa un modelo de guerra que busca integrar eficazmente las operaciones en tierra, mar, aire, ciberespacio y espacio exterior en una misma visión estratégica para generar resultados tácticos que ofrezcan una superioridad en el combate. De acuerdo con esta visión, resulta imprescindible la integración de los dominios para que las guerras del siglo XXI puedan ser luchadas y ganadas, aprovechando así los sistemas espaciales, cibernéticos y digitales propias de la globalización contemporánea.

En los inicios de los dosmiles, visiones como las de Barry Posen (2004) sugerían que las bases de la hegemonía mundial de los Estados Unidos se encontraban en la imposibilidad de otros competidores por disputarles la supremacía en dominios estratégicos como el aire, el mar o el espacio exterior, no obstante, las dos primeras décadas del siglo XXI han llevado a una renovación de la competencia estratégica entre grandes potencias militares, llevando a la necesidad estratégica de repensar esta superioridad indisputada en diferentes espacios estratégicos. De acuerdo con Perkins y Holmes (2018), la necesidad estratégica por mantener una guerra multidominio responde también a tres elementos centrales en torno a esta competencia geoestratégica, a saber:

- 1) Frente a su inmensa presencia militar global, los potenciales enemigos buscan evitar que Estados Unidos y sus aliados accedan a las zonas de operaciones pues, una vez establecidas, las fuerzas armadas estadounidenses cuentan con una ventaja operativa para proporcionar un abrumador apoyo logístico, de potencia de fuego y de mando y control.
- 2) Ante las visiones conjuntas en las operaciones militares desarrolladas en paradigmas anteriores, dichos competidores han buscado fracturar el marco operativo aislando el dominio aéreo del terrestre para derrotar a las fuerzas aéreas.
- 3) Finalmente, uno de los objetivos de los adversarios de las fuerzas armadas estadounidenses ha sido no permitir que estas maniobren y aporten elementos de poder de combate (incluido el liderazgo) para conseguir una posición de ventaja. (Perkins y Holmes, 2018).

A partir de estas advertencias, Perkins y Holmes alertan a los Estados Unidos que llegará un momento en que todos los dominios sean disputados debido a que los futuros adversarios poseerán importantes capacidades de defensas aéreas integradas y misiles de largo alcance, así como sofisticadas capacidades de inteligencia, vigilancia y reconocimiento biométrico, información ofensiva y defensiva, y grandes capacidades en la guerra electrónica y cibernética. Frente a ello, ya no será posible mantener un control total en todos los dominios todo el tiempo, a pesar de la superioridad militar estadounidense (Perkins y Holmes, 2018).

Es así que un elemento fundamental de la guerra multidominio son los sistemas anti-acceso y denegación de área (*anti access area denial*), mejor conocidos como A2/AD, los cuales han sido utilizados por distintos adversarios para restringir el acceso de las fuerzas armadas a ciertas zonas disputadas, para así interrumpir flujos estratégicos y comerciales que puedan poner en vulnerabilidad a las propias tropas o a la hegemonía mundial en su conjunto (Colom Piella, 2021).

En la actualidad, el A2/AD refiere a las capacidades de las fuerzas armadas y sujetos sociales para negar o interrumpir los accesos de cierto ejército a zonas estratégicas. Así, el término refiere a las estrategias, tácticas, armamentos e innovaciones tecnológicas que se pueden utilizar para negar el acceso a las fuerzas armadas a regiones clave para el cumplimiento de sus objetivos. Este concepto se comienza a utilizar para nombrar las medidas que China estaba utilizando para controlar la cadena de islas del Asia Pacífico: mallas de defensa antiaérea, defensas antibuque balísticos, sistemas electrónicos, armas antisatélite, etc., así como su combinación con armamento más convencional como minas terrestres y sistemas de detección de ataques (Colom Piella, 2021).

En ese sentido, la guerra multi-dominio busca complementar conceptos operacionales como el A2/AD y la dominación de espectro completo para abrir espacios estratégicos y evitar las posibilidades de cerrazón que estos pudieran sufrir frente a competidores estratégicos, de acuerdo con Herrera, estos esfuerzos están:

[...] dirigidos a propiciar un *acceso operacional* de las fuerzas y la capacidad de penetración de Estados Unidos en regiones que potencialmente puedan ser negadas por la presencia de sujetos que lancen estrategias con tal fin. Es decir, que de la dominación del todo, se transita hacia la producción de capacidades y de un entorno de posibilidades en donde pequeñas regiones altamente estratégicas puedan ser penetradas a pesar de la resistencia (política, económica, estratégica, militar, tecnológica, social) que sujetos presentes puedan ejercer (Herrera, 2017, p. 47).

Por lo tanto, el *acceso operacional* que puede disputarse a través de estrategias como el A2/AD busca solventarse a través de una integración permanente y sinérgica entre las estrategias desplegadas por aire, mar, tierra, espacio exterior y ciberespacio, en una misma visión estratégica de *espectro completo* que busque el dominio de los lugares a través del control del espacio en su totalidad.

No obstante, el control del espacio no puede darse sin la territorialización de las dinámicas dominantes de la guerra y la militarización como dispositivos de la hegemonía, es por ello que otro elemento fundamental de este tipo de guerra lo representa el propio combate urbano, ya que ha sido a partir de ello que las lógicas de articulación de las visiones globales de la hegemonía logran territorializarse y llevarse a cabo en una escala urbana, ya que las ciudades se han convertido en un campo de batalla estratégico para las operaciones militares en el presente siglo.

### **Guerra multidominio y combate urbano**

El combate urbano se ha convertido, de manera cada vez más clara, en uno de los paradigmas de combate recurrentes en los conflictos del siglo XXI. Conflictos contemporáneos como los de Ucrania o Gaza han sido desplegados a través de tácticas y estrategias de “cepillado urbano” a través de las cuales las fuerzas armadas penetran las calles en búsqueda de sus enemigos estratégicos, creando todo un teatro de operaciones en las mismas ciudades donde habitan las personas locales.

Para autores como Javier Jordán, el combate urbano representa a las guerras del futuro, no solamente por la mayor presencia de conflictos en entornos urbanos a lo largo de las últimas décadas, sino por el mismo crecimiento exponencial de la escala urbana y la altísima concentración de habitantes en centros urbanos. De acuerdo con Jordán, en 50 años se prospecta que el 80% de la población mundial del mundo habite en entornos urbanos, lo cual implicaría un aumento generalizado en las migraciones campo-ciudad, así como una expansión territorial de las propias ciudades (Jordán, 2021).

No obstante, este tipo de combate presenta contradicciones y complicaciones propias de la configuración histórica de la guerra moderna, pues los combates urbanos requieren de operaciones de guerra en entornos densamente poblados, comúnmente llevados a cabo por ejércitos convencionales. Con ello, se presenta una suerte de contradicción entre el armamento, los transportes militares, las operaciones logísticas y las propias tácticas y doctrinas militares, las cuales son pensadas para desplegarse en escenarios de guerra convencional, pero que actualmente encuentran en la escala urbana su principal espacio de operaciones.

Este tipo de combate, además se encuentra intrínsecamente ligado con la contención y eliminación de insurrecciones, movilizaciones sociales y revoluciones. Desde las estrategias del ejército francés en contra de las barricadas obreras en la comuna de París hasta las revoluciones sociales europeas de 1848, las luchas proletarias han representado un obstáculo a ser vencido a través de las fuerzas armadas y sus estrategias urbanas, por lo que la doctrina militar se ha concentrado cada vez más en contrarrestar este tipo de movimientos urbanos (Nievas, 2006, pág. 82).

Ligado con lo anterior, la producción de la ciudad a partir del siglo XIX y XX ha sido dispuesta para facilitar el ingreso de tropas a nodos estratégicos de estos espacios, a través de la construcción de grandes avenidas, ejes viales e infraestructuras que permiten el acceso y circulación de grandes contingentes de tropas, accesos radiales y conexión de los grandes centros de acumulación del capital y el poder político (Nievas, 2006, pág. 83). A la par de ello, la “suburbanización” de las ciudades permitió la estructuración de una ciudad funcionalista, cuya organización espacial permitía que las clases obreras estuvieran asentadas en suburbios fuera de la ciudad, para determinar las rutas y rutinas de la vida cotidiana en la urbe (Jacobs, 2011).

Con el crecimiento de las ciudades y su explosión demográfica en el siglo XX, el combate urbano comenzó a cobrar una renovada importancia estratégica. Además, con las guerras mundiales se inauguraría aquello que Eric Hobsbawm denominaría como “guerra total”, es decir, una forma de guerra en donde se haría necesaria la movilización de todas las capacidades políticas, diplomáticas, económicas, comerciales, mediáticas, culturales, tecnológicas, armamentísticas y militares del Estado para confrontar al enemigo, llevando la guerra a escalas y terrenos de la vida cotidiana (Hobsbawm, 2014).

Así, a lo largo del siglo XX –y a partir de las lecciones aprendidas en Vietnam– la tecnificación y profesionalización de las tácticas y estrategias enfocadas en espacios urbanos ha ido en crecimiento, llevando a que las innovaciones tecnológicas más recientes en el campo militar se encuentren orientadas al reconocimiento del terreno, ubicación de objetivos en entornos hostiles y localización en espacios densamente poblados. El uso masivo de drones de combate y reconocimiento, diversos vehículos autónomos y semiautónomos, así como satélites de órbita baja para la geolocalización son muestras de ello. Uno de los elementos que ha apuntalado al crecimiento exponencial del combate urbano en los últimos años responde a la magnificación de los conflictos bélicos “intestinos”, es decir, conflictos que suceden entre facciones de la sociedad civil y las fuerzas armadas de un mismo territorio nacional, ya sea por motivos económicos, políticos, sociales, geopolíticos, etc. Asimismo, este tipo de conflictos involucra a una gran cantidad de agentes, desde ejércitos y fuerzas armadas convencionales hasta fuerzas paramilitares, insurgentes, terroristas, grupos de crimen organizado y corporaciones de seguridad privada y demás representaciones de una sociedad civil altamente violentada y atravesada por esquemas militarizados. Frente a ello, la labor de las formaciones estatales para el mantenimiento de la seguridad se profundiza, a consideración de Rodríguez Balderas:

Las fuerzas tradicionales del Estado, la policía y ejércitos, toman un papel cada vez más importante en los conflictos armados ya que han pasado de ser aquellos que procuran la seguridad de las poblaciones y el Estado a ser los primeros en quebrantar la seguridad humana. Las fuerzas tradicionales del Estado en los actuales conflictos se ciñen a intereses de particulares y sectores gubernamentales altamente corruptos. Asimismo, hemos sido testigos de cómo los ejércitos se utilizan para dominar a la población y no para enfrentar ejércitos extranjeros siendo que éstos, en su origen, tenían como objetivo defender al Estado de ataques extranjeros (Rodríguez Balderas, 2018, p. 50).

Si bien es cierto que la lógica tradicional de la seguridad nacional del Estado responde a la necesidad de mantener un monopolio de la violencia para la defensa del interés nacional frente a actores externos, la propia formación estatal ha requerido constantemente de la defensa de sus intereses de clase frente a grandes movimientos sociales de desposeídos, marginados y excluidos. Esta configuración del sujeto revolucionario apuntalaría al señalamiento que Cowen y Smith realizan sobre la geopolítica, recordando que esta “jamás se trató, únicamente, de las relaciones externas al Estado, sino más bien [...] involucra una geopolítica social más amplia, que tanto atraviesa como moldea la distinción entre el adentro y el afuera de las fronteras estatal-nacionales” (Cowen y Smith, 2009, p. 23).

Así, el combate urbano ha acompañado permanentemente a la configuración histórica de una formación autoritaria y totalitaria como lo es el Estado Nación moderno. Recuperando las visiones anteriormente desarrolladas sobre el poder infraestructural, es posible identificar una tendencia en las formaciones estatales por buscar y crear mecanismos de penetración social violenta a través de distintos mecanismos políticos, económicos, culturales, jurídicos, etc., los cuales crean condiciones propicias para el mantenimiento, reproducción y ampliación de un orden hegemónico.

En ese sentido, visiones como la de Claudio Sánchez y Javier Jordán refieren que el combate urbano ha devenido, en la práctica, en un *combate en población* cuya principal característica es la presencia de una población civil activa, interconectada y con las posibilidades de coadyuvar y entorpecer el dinamismo de las operaciones militares contemporáneas en un espacio urbano altamente integrado. De acuerdo con esta idea, los dominios estratégicos propios de la guerra multidominio se expresarían de la siguiente manera en un *combate en población*:

- A través de un combate en superficie, que representaría todas las operaciones a pequeña escala desplegadas en calles, avenidas, espacios públicos y plantas bajas de edificaciones.
- A través del espacio aéreo bajo, correspondiente al ámbito de operaciones de drones, helicópteros y vehículos autónomos y semiautónomos aéreos.

- A través del combate en la *super-superficie*, que involucra las operaciones de “cepillado” en plantas altas de edificaciones diversas, complejizando aún más el combate y la propia operación militar.
- A través del subsuelo, con las redes de transporte subterráneo, las tuberías urbanas y los túneles existentes debajo de la ciudad, en donde más que un despliegue abierto de tropas en combate, se generan operaciones de descubrimiento de escondites y guaridas (Sánchez y Jordán, 2023).

A partir de esta fragmentación/integración del espacio urbano en dichos dominios espaciales, Sánchez argumenta que el combate urbano encuentra una mayor complejidad en escalas como la *super-superficie*, pues el control de las plantas altas de los edificios representa un reto mayúsculo para las tropas y ejércitos en tierra, que logran articular una guerra multidominio a través de sus propias tácticas y estrategias en el espacio urbano.

Este tipo de estrategias evocan las formas de penetración territorial que ejércitos como el de Israel efectúan sobre las poblaciones palestinas en Cisjordania y la Franja de Gaza. En su obra, Eyal Weizman documenta las formas en las que estas fuerzas armadas utilizan tácticas de *enjambre* para acceder a sus objetivos a través de los muros, penetrando las edificaciones a través de agujeros realizados con maquinaria y armamento industrial, rompiendo las fronteras de los afueras y adentros, de los espacios públicos y privados, y logrando pasar desapercibidos ante cualquier tipo de observación aérea. Con ello, Weizman argumenta que la ciudad pasa de ser un espacio de la guerra a un *médium* de la guerra, es decir “una materia flexible, casi líquida, que permanece contingente y en perpetuo movimiento” (Weizman, 2012, p. 11).

Sumando a las reflexiones de Weizman, Herrera y González apuestan por el entendimiento de las lógicas de poder y control de la escala urbana no en una lógica vertical como lo muestran los análisis de Sánchez y Jordán, sino en una dimensión volumétrica/tridimensional que representa medidas de aseguramiento y control en función de ejercicios de poder estratégico que integran y producen un espacio fragmentado, segmentado y jerarquizado en torno a mecanismos diversos de articulación y regulación de los procesos nodales de la reproducción urbana (Herrera y González, 2021, p. 3), así:

Las infraestructuras como túneles, puentes, caminos, redes de electrificación y tele- comunicaciones, ductos de abastecimiento de agua y gas, así como demás formas de equipamiento urbano, incluyendo la estética de uniformidad y regularidad del paisaje, forman parte de una dimensión trascendente que permite tanto la concepción como la praxis de segmentación del territorio y de los espacios sociales, así como la articulación compleja de esos fragmentos, para producir un todo orgánicamente armonizado que subsiste en un espacio mayor de islas territoriales, de villas y poblados palestinos desconectados entre sí, o conectados muy precariamente, y sujetos a una gobernabilidad autoritaria y una soberanía que se ejerce mediante el control estratégico de las distintas capas que son producidas por el proceso de fragmentación (Weizman, 2002, 2017 en Herrera y González, 2021, p. 5)

De ese modo, volumetría y verticalidad responden a una serie de lógicas que persiguen la producción de un espacio urbano desde el poder infraestructural de un proyecto hegemónico y dominante, que subsiste y se reproduce a través de las violencias estructurales que ordenan, gestionan, organizan y regulan la producción de vida cotidiana en las ciudades.

Si bien la *geopolítica de la volumetría* que proponen Herrera y González se centra en el análisis del proyecto neoliberal de las ciudades como producciones espaciales, es posible trasladar ese mismo mecanismo de articulación y gestión del poder a las lógicas militares de un combate urbano que se muestra como una guerra multi-dominio, así como una forma de ejercicio estratégico del poder sobre las infraestructuras críticas urbanas y, en última instancia, sobre las propias estructuras sociales que le dan sentido a el espacio y la escala urbana.

Estas nuevas estrategias urbanas representan un duro golpe a las tradiciones de la crítica y de los movimientos sociales por el espacio urbano y el derecho a la ciudad, ya que logran revertir lógicas que buscaban la recuperación de lo público dentro de las ciudades, para expresarse como nuevas estrategias de control y fragmentación del espacio urbano a través de sus múltiples capas y niveles.

Este perfeccionamiento de la doctrina militar en espacios urbanos muestra que, contrario a la idea generalizada de que el combate urbano resulta un elemento que los ejércitos convencionales prefieren evitar a toda costa, las fuerzas armadas están desarrollando toda una serie de tácticas y estrategias de última generación en donde el combate urbano se convierte en el nuevo teatro de operaciones multidominio. La profesionalización que los ejércitos de tierra están llevando en torno al entendimiento de la infraestructura crítica, transportes y telecomunicaciones, sistemas de ingeniería, redes neuronales y espacios urbanos demuestra que el combate urbano deviene en una forma de guerra que se despliega como infraestructura social sobre distintas sociedades, mostrando su cara más violenta en aquellos espacios en disputa como la Franja de Gaza en la Palestina histórica.

### **Conclusiones**

El combate urbano se presenta como un tipo de ejercicio bélico que todos los ejércitos quieren evitar debido a las dificultades operativas que representa el confrontar enemigos en zonas densamente pobladas. Los manuales de contrainsurgencia y las doctrinas militares a este respecto señalan que este tipo de combate es propio de las guerras asimétricas, pues los combatientes más débiles y vulnerables siempre buscarán acercarse a los centros urbanos para desplegar sus estrategias.

No obstante, a pesar de las dificultades reales que este combate pueda ofrecer, las fuerzas armadas alrededor del mundo han buscado adaptar sus estrategias a este tipo de combate, debido a la importancia estratégica que tiene el combate en centros urbanos para la consecución de victorias militares. En ese sentido, la profesionalización y especialización de los ejércitos hoy en día responde, en buena medida, a una transformación del espacio urbano que se convierte en un nuevo dominio estratégico de poder, control y dominación militar.

La militarización y el militarismo insertos en las propias lógicas de la vida cotidiana coadyuvan a que este tipo de guerra sea posible. Integrar a la sociedad civil en lógicas abiertamente militaristas a través del control de infraestructuras críticas, rutas logísticas, transportes y telecomunicaciones, e incluso a partir de una cultura popular de la violencia como objeto de consumo, ha favorecido la instauración de una guerra urbana que se despliega en todas las escalas y a través de los diferentes dominios estratégicos como parte de la reproducción y ampliación de la hegemonía mundial.

Para ello, la integración de las operaciones en los distintos dominios de la guerra, aunada con la configuración psicológica, cultural y social de la militarización y la guerra como infraestructuras sociales, ha derivado en una densificación de la guerra total descrita por Hobsbawm en el siglo XX, determinando así a las primeras décadas del XXI como años altamente violentos, atravesados por todo tipo de guerras y representaciones del conflicto.

Por tanto, la guerra moderna se presenta inexorablemente como una guerra multidominio, en donde las fuerzas armadas buscan el aseguramiento de la victoria a través del control estratégico de las operaciones integradas por tierra, mar, aire, espacio exterior y ciberespacio. No obstante, en el presente siglo la territorialización directa de esta guerra multidominio se muestra en las propias ciudades y asentamientos poblacionales que definen a la escala urbana. El combate urbano –o combate en población– no solamente representa un nuevo paradigma de confrontación en la densidad de la propia espacialidad urbana, sino que evoluciona hacia una forma de guerra urbana en donde las jerarquizaciones, ordenamientos, gestiones y regulaciones de la vida cotidiana encuentran buena parte de su lógica social, en la militarización como infraestructura social dominante.

## Referencias

- Alberts, David. Garstka, John. Stein, Frederick (2000) *Network Centric Warfare. Developing and Leveraging Information Superiority*. CCRP Publication Series. Washington D.C.
- Beck, Ulrich (2017). *La Sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*, Ed. Paidós, Madrid.
- Ceceña, Ana Esther (2006). Sujetizando el objeto de estudio o de la subversión epistemológica como emancipación. Los desafíos de las emancipaciones en un contexto militarizado, CLACSO, Buenos Aires, pp. 13-43
- Collom Piella, Guillem (2021) Argelia ¿un A2/AD en el mediterráneo occidental? Global Strategy. Estrategia podcast 02. URL: <https://www.youtube.com/watch?v=4c0O4nhk0Ag>
- Cowen, Deborah (2010). A geography of logistics: market authority and the security of supply chains. *Annals of the Association of American Geographers*, Vol. 100, No. 3, pp. 600-620
- Cowen, Deborah (2021). The Geopolitics of Infrastructure: mapping imprints of empire. Herrera Santana D. y González Luna F. Una geopolítica crítica. Debates sobre el espacio, las escalas y el desarrollo desigual. Fides/UNAM, México, pp. 22-42
- Enloe, Cynthia (2022). *Globalización y militarismo. Las preguntas feministas*. Ed. Trama. Madrid.
- Foucault, Michel (2014). *Defender la sociedad*. FCE. México.
- Harvey, David (2014). *Espacios del capital. Hacia una geografía crítica*. Akal. Madrid
- Herrera Santana, David (2020). *El siglo del americanismo. Una interpretación histórica y geoestratégica de la hegemonía de los E.U.* Akal, México.
- Herrera Santana, David (2017). Espacios estratégicos y hegemonía mundial: dominación de espectro completo, espacios comunes y supremacía estratégica estadounidense. Gómez Rey, P. y González Luna, F. Discusiones desde la geografía. Tomo 4. Ediciones Eon, UNAM, México, pp. 21-52
- Herrera Santana, David (2019). Geopolítica de la fragmentación y poder infraestructural. El Proyecto One Belt, One Road y América Latina. Geopolítica(s). Revista de estudios sobre espacio y poder. 10(1). Pp. 41-68
- Herrera Santana, David y González Luna, Fabián (2021). Geopolítica y volumetría: reestructuración urbana y gobernabilidad neoliberal. Apuntes para una aproximación teórica y metodológica para el estudio de la Ciudad de México. Encrucijadas. Revista Crítica de Ciencias Sociales, 21(1), a2107.
- Hobsbawm, Eric (2014). *Historia del siglo XX*. Ed. Crítica, Madrid.
- Jacobs, Jane (2011). *Muerte y vida de las grandes ciudades*. Capitán Swing. Madrid.
- Joint Chiefs of Staff (2000). Joint Vision 2020: America's Military Preparing for Tomorrow. Joint Force Quarterly (25), pp. 57-76
- Jordán, Javier (2021). Las guerras del futuro: combate urbano en el litoral. Global Strategy. Clase estratégica 08. URL: <https://www.youtube.com/watch?v=PWY3REXC7bE>
- Kilcullen, David (2010). *Counterinsurgency*. Paperback. New York.
- Mann, Michael (2007). El poder autónomo del estado: sus orígenes, mecanismos y resultados. *Relaciones Internacionales*. Num. 5. Sociología Histórica y Relaciones Internacionales. UAM/AEDRI, 43 pp.
- Nievas, Flabián (2006). El combate urbano. Aportes para una sociología de la guerra. Proyecto Editorial. Buenos Aires, pp. 139-148
- Nogué Font, Joan y Ruffi, Vicente (2001). *Geopolítica, identidad y globalización*. Ariel. Madrid.

O'Shaughnessy, Terrence (2020). Decision Superiority Through Joint All Domain Command and Control. *Joint Force Quarterly* (99) pp. 74-81

Perkins, David & Holmes, James (2018). Miltidomain Battle. Converging Concepts Toward a Joint Solution. *Joint Force Quarterly* (88) pp. 54-57

Rico Becerra, Cesari Irwing, (2024). "Hegemonía mundial en el siglo XXI: bifurcaciones frente a la constelación global de la crisis" *Revista Mexicana de Ciencias Políticas y Sociales*, Universidad Nacional Autónoma de México, Nueva Época, Año LXIX, núm. 252, septiembre-diciembre de 2024, pp. 331-351

Rodríguez Balderas, Jessica (2018). Amenazas a la seguridad humana en situaciones de postconflicto armado. El caso de Sudán del Sur. FCPyS, UNAM, México.

Sánchez, Claudio y Jordán, Javier (2023). Combate en población. *Global Strategy. Estrategia podcast* 86. URL: <https://www.youtube.com/watch?v=Sst8LPc8ULM>

Smith, Neil (2020). Desarrollo desigual. Naturaleza, capital y la producción del espacio. *Traficantes de sueños*: Madrid.

Soja, Edward W. (1996). *Thirdspace. Journeys to Los Angeles and Other Real-and-Imagined Spaces*. Blackwell Publishers. Oxford

Weber, Max (2002). *Economía y sociedad*. Fondo de Cultura Económica. Madrid.

Weizman, Eyal (2007). *A través de los muros. Como el ejército israelí se apropió de la teoría crítica postmoderna y reinventó la guerra urbana*. Errata Naturae. Madrid, 2022.

Woods, Kevin & Greenwood, Thomas (2018). Multidomain Battle. Time for a Campaign of Joint Experimentation. *Joint Force Quarterly* (88) pp. 14-21



Los textos publicados en esta revista están sujetos –si no se indica lo contrario– a una licencia de [Atribución CC 4.0 Internacional](#). Usted debe reconocer el crédito de la obra de manera adecuada, proporcionar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede compartir y adaptar la obra para cualquier propósito, incluso comercialmente. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que tiene el apoyo del licenciente o lo recibe por el uso que hace. No hay restricciones adicionales. Usted no puede aplicar términos legales ni medidas tecnológicas que restrinjan legalmente a otros a hacer cualquier uso permitido por la licencia.